

BANQUETE DE ANIVERSARIO

La fiesta estaba en su apogeo en la casa de Mamita y Papito, mis abuelos, ubicada en el barrio de La Merced, de la ciudad de San Cristóbal de Las Casas. No era una gran construcción, pero sí contaba con dos recámaras en la parte baja, que se repetían en el diseño, pero en la parte alta, con una terraza pequeña, para accederlas. Las dos recámaras, ubicadas abajo, estaban conectadas al patio. Al fondo estaba la cocina y el baño, que se construyó bajo la escalera y el pasillo que daba a la calle, y la sala se conectaba con el pasillo y el comedor que llevaba al patio, el cual tenía un piso de mosaico rojo violáceo, con vetas blancas, que comprendía el patio, el pasillo y la escalera, para rematar en la terraza.

Eran unos veinte invitados de la gran sociedad, si no es que más. La mitad de ellos se encontraba en la sala esperando su turno en la segunda vuelta. Los afortunados o los que llegaron temprano, ya estaban sentados alrededor de una larga mesa, quienes se saboreaban de antemano, lo que iban a degustar, pues la familia Penagos Rojas se había ganado a pulso su gran fama como anfitriones que echaban la casa por la ventana, ofreciendo y sirviendo un exquisito banquete, cuyo menú fue elaborado magistralmente por doña Chole, cocinera de postín, contratada como siempre por la familia, para ocasiones muy especiales como la que se estaba desarrollando en esos momentos. La chef coleta, (de coletito, una especie de gentilicio del tiempo de la Colonia), empezó a servir en unos platos hondos de loza de Talavera. Las charolas de rebanadas de pan de caja, blanco, usado en festines de gran lujo, se ofrecía en lugar de la tradicional tortilla de maíz.

El primer platillo era una especie de sopa juliana con crutons hechos en casa estaba siendo servido por dos muchachas de doña Chole.

Sentí la penetrante mirada de Mamita, y moviendo su cabeza señalando la cocina, capté su silenciosa orden y me dirigí al cuartito de al lado, de donde saqué para acomodarla a un lado de la puerta de la cocina, para no estorbar, una mesa que algunas veces usaban para planchar.

---Aquí vamos a ir poniendo los platos para que las muchachas se los puedan llevar al comedor --- expliqué.

---Si, don Jorgito, me parece muy buena su idea ---dijo doña Chole---, a pesar de que no tiene usted más de quince años, es muy avisado.

---Gracias doña Cholita. Se trata de que hagamos bien todo. Ya es tiempo de recoger los platos hondos y ya puede usted empezar a servir el arroz. Mientras, voy a chequear y recoger los platos hondos.

---Si, claro. Ya voy a preparar el arroz.

Tan rápido como pude fui accediendo la loza que se iría al lavadero. En pocos minutos terminé para regresar a la cocina.

---Le agradezco su gran ayuda don Jorgito ---la voz de la chef denotó un cálido timbre de sincero de agradecimiento---. Ya estamos en la segunda fase: El arroz que hice con su pizquita de achiote para darle color y sabor.

Conforme fue rafaccionando las cuatro palanganas, les puse sus cucharones para que los invitados tomaran su porción acorde a su gusto. Volví a la cocina para apoyar a nuestra chef de cocina en el servicio del mole poblano que con sólo olerlo y apreciar su color y textura espesa, se adivinaba la exquisitez de su dulzón y ligeramente picante sabor que se exaltaría con las semillas de ajonjolí al espolvorearlas sobre el oscuro guiso en el que resaltaría el contraste entre el tono achocolado con el crema. Y para hacerlo más espectacular pedí a doña Chole que llevara la cazuela de barro con el mole, al comedor, para servir directamente con la cuchara grande de madera, las porciones, hecho que la anciana aceptó dirigiéndose para allá. Con la prisa y gracias a las envolturas de su falda larga al estilo juchiteco, se le enredaron los pies y soltó la cazuela. Gracias a Dios como yo me hallaba cerca la pude sostener y no fue a dar al piso.

Su carita de pena me sobrecogió.

---No se preocupe doña Chole, lo bueno es que hay suficiente y podemos rescatar, además, lo que quedó en los pedazos de la cazuela, que no tocaron el piso

Así lo hicimos con la ayuda de las muchachas que limpiaron el mosaico, trapeándolo, hasta dejarlo brillante.

Volvimos a nuestra actividad como si no hubiera pasado nada, pues sólo nosotros cuatro sabíamos lo que había sucedido.

Al pasarles el plato con el mole, le rociaba el ajonjolí.

---¡Oh!--- exclamó mi madrina Alicia al momento en que roció su plato-- ¡Qué delicia, Jorgito!

---¡Gracias!---expresó don César---se ve delicioso. ¡Ni en Puebla!

---¡Espectacular, compadre Chus! ---dijo Pancho, el vecino--- se volaron la barda con esta comilona.

---Es lo menos que podemos ofrecer a los amigos. Provecho ---contestó Papito.

En ese ínter aproveché para completar la presentación de los platos y me fui a la cocina, para armar los platillos con durazno en almíbar, que fuimos sirviendo luego de retirar la loza.

Y después servimos un café de olla de Yajalón.

En cuanto se retiraron los de la primera tanda, procedimos a cambiar manteles y a colocar la cubertería.

Fui a la sala a llamar a la mesa a quienes pacientemente esperaron el desfogue primario.

Y reiniciamos el ritual del servicio de comida, ahora con el antecedente de la experiencia anterior.

Terminando el ciclo, aproveché para agradecer a las muchachas y a doña Chole por su eficaz participación, que me reiteraron de la misma manera.

---¿Va a usted a comer don Jorgito?---quiso saber Tere, la más joven de las muchachas.

---Si lo hacemos juntos en el comedor, será, ¡que digo! ¡Es para mí un honor que compartamos el pan y la sal! ---expresé muy emocionado.

---Pues váyase para el comedor ---dijo mi chef favorita.

--- Queremos atenderlo ---espetó María, la otra muchacha.

---Ya voy, ya voy para allá, gracias.

Me dirigí al ahora campo de batalla en calma y me acomodé.

A los pocos minutos aparecieron las tres cargando todo, haciendo mil malabares.

----Para que comencemos--- propuso doña Chole, una vez dispuestos para consumir la sopa juliana--- que agradezcamos a Dios para que bendiga los alimentos que nos prodigó.

Luego de la oración de agradecimiento que elevó doña Chole nos dispusimos a devorar la sopa y sirvieron el arroz, que cada quien se sirvió como quiso.

---Del pavo queda el gañote, dos alas, una pierna y dos cuadriles. ¿Qué le sirvo? ---quiso saber doña Chole.

---Por favor deme el gañote y las alas ---dije.

---¿Le doy dos rebanadas de pan?--- cuestionó Tere.

---¿Le paso su café?--- preguntó María.

---Gracias, les agradezco sus atenciones. Sí voy a querer el pan para comerlo con mis duraznos en almíbar y con un pedazo de queso doble crema que vi en la alacena, y sírvanmr por favor, de una vez, mi café, para que amarre la comida.

Sentí deliciosa la sopa y puse las piezas del guajolote en mi plato.

Agarré con mi mano el gañote que creí ver muy recto, sin la clásica curvatura. Lo toqué con mis dedos pulgrra e índice.

----No cabe duda ---dije riendo,---mi karma me ha alcanzado porque me tocó un olote. No es el gaooote. Creo que es mi premio por haber levantado lo que se cayó del mole.